

CUIDA DE ÉL, CUIDA DE TI (II)

César Platas Brunetti
Otoño de 2008

Cuando llevamos un tiempo viviendo, conscientemente, en esta gran casa llamada planeta tierra, asistimos a la aparición de viejos mitos que, un poco más tarde desaparecen nuevamente; y digo conscientemente porque solamente desde la consciencia hay sabiduría y progreso verdadero, Platón decía: las canas son símbolo de vejez mas no de sabiduría. Uno de esos mitos es el del progreso industrial como única fuente de bienestar. Más allá de la insensatez de convertir esta gran casa en un inmenso vertedero (sólo un loco o un estúpido llenaría su casa de desperdicios), ha transformado al hombre en un mero engranaje de una máquina de producción y consumo (si no hay consumo la producción se detiene y la maquinaria no funciona); alejándolo así de su propia naturaleza, la cual hunde sus raíces en lo biológico, en lo animal. Cuando el hombre se define así está diciendo: Una buena posición económica bien vale un infarto; un cuerpo ideal, una anemia o una angina de pecho (por hacer ejercicio sin el debido control). Tratamos a nuestro cuerpo como una máquina al servicio de nuestra voluntad y de la misma manera pensamos que, por ejemplo, nuestro perro existe para cuidar nuestra casa o para traer el periódico. Todo lo que nos rodea (incluso nuestro cuerpo, percibido como algo externo a nosotros) son “cosas” y están ahí para servirnos. Un síntoma de esta enfermedad que padecemos lo tenemos en las corridas de toros, donde éste deja de ser un ser vivo y pasa a ser “un objeto creado para que el torero se luzca y los espectadores se diviertan”.

Los mitos son también ficciones alegóricas y en la antigüedad tenían la finalidad de enseñar grandes verdades, pudiendo un mismo mito contener varias enseñanzas o ser interpretado desde varios puntos de vista. Existe uno muy antiguo que puede arrojar un poco de luz sobre el tema que estamos tratando, el de Teseo y el Minotauro: “Debido a un triunfo bélico Minos, rey de Creta, impuso a Atenas la terrible condición de que cada año debería entregar siete jóvenes y siete doncellas para ser devorados por el Minotauro (horrible monstruo mitad hombre, mitad toro), que se hallaba encerrado en un laberinto. Al tercer año de este rito sangriento, Teseo, joven héroe ateniense, se ofreció como voluntario a marchar con otros jóvenes designados por sorteo, para liberar a los hombres de ese mal; difícil empresa, porque aún matando al Minotauro había que salir del laberinto, en el que este ser vivía, con vida. El Oráculo le pronostica éxito “si el amor le sirve de guía”. Cuando Teseo (el primero en entrar del grupo) estaba a las puertas del laberinto, es visto por Ariadna (hija del rey Minos), quien queda prendada de la valentía y arrogancia del héroe. Al encontrarse los ojos de Teseo con los de ella, él recuerda las palabras del Oráculo que le aseguraban el éxito si le guía el amor y ya no duda en salir victorioso. Cuando nadie la ve, Ariadna entrega al héroe un ovillo de hilo para que lo vaya desenrollando al entrar y así reconocer el camino de salida. Una vez que hubo matado a la fiera, Teseo escapa y rápidamente embarca con Ariadna y sus compatriotas de regreso a su país.”

Es menester hacer una salvedad, mucha gente en su ignorancia pretende ver en este mito un precedente de las corridas de toros; nada más lejos de la verdad. Desde el punto de vista histórico el mito es una alegoría a la “absorción” de la civilización minoica, que parece haber tenido un culto de adoración al toro, por parte de la ateniense. Hecha esta pequeña aclaración veamos ahora otra clave de interpretación del mismo. A nivel psicológico la importancia de este mito radica en la actuación del héroe en su totalidad, que se libra con bien de la prueba gracias a que “el amor le guía”. La primera prueba era no dejarse “engullir” por el monstruo, o sea no caer en un estado obsesivo que nos obligaría a repetir una y otra vez las mismas cosas; el hombre se transforma en un robot, un ser que realiza mecánicamente una serie de tareas previamente aprendidas, eliminando una de los elementos que nos caracterizan como seres vivos: la CREATIVIDAD. La demostración de poder (al vencer al Minotauro - obsesión), que es una muestra de dominio interior, es importante;

pero más importante es esa capacidad de amar, que debe estar presente a lo largo de toda la aventura, para dar una finalidad a nuestras vidas. En una corrida de toros vemos que el torero es aquél personaje que, al ejecutar un acto de dominio frente al toro, se pierde a sí mismo (nadie antes de Teseo salió con vida del laberinto); alejado de la inteligencia del amor no encuentra el hilo de Ariadna que le permita salir del laberinto. Así, después de ese toro, vendrá otro, y otro... y otro más, en una lucha de poder sin fin, puesto que no tiene más sentido que el de ejercitar la crueldad con un ser “inferior” (esto de inferior desde el punto de vista del torero, claro está). Es algo así como el hombre avaro, que olvida que el dinero es un medio para obtener lo que desea, y no un fin en sí mismo.

La segunda parte de la prueba consiste en salir del laberinto y es allí donde es necesaria la inteligencia del amor que cual hilo de Ariadna nos conduce a la salida del laberinto; pero esto no sería posible si, antes de entrar “al ruedo”, no hubiéramos sentido en nosotros el amor. Quizás la historia del “torero y la tonadillera” sea una forma popular de expresar, la única manera posible, que se tiene para salir del laberinto. El amor une, no hay separación con el otro, y este sentido de unidad nos hace uno con la vida y por extensión con todo lo que nos rodea. Quien ama la vida jamás cultiva la muerte.

Todo “enamorado de la vida” sabe que esta “guía del amor” es también sabiduría, que nos permite comprender mejor la realidad que nos rodea. Hace tiempo, un periódico Argentino, daba cuenta de que un yacaré (especie de cocodrilo autóctono del norte de ese país) había matado a un niño; los pobladores, indignados con el hecho, iniciaron la caza feroz del animal hasta casi su extinción. Algún tiempo después el mismo periódico se hacía eco de que, en esa misma región, se había producido una invasión de palometas (de cuyos huevos “casualmente” se alimentaba el yacaré); estos animales arrasaron todos los cultivos de la zona. Las autoridades tuvieron que abrir inmediatamente una temporada de caza de la palometa y vedar la del yacaré. Este es uno de los ejemplos que se pueden dar de las consecuencias de nuestra insensibilidad e incomprensión hacia el medio que en el que habitamos y de cómo luego la vida “nos pasa factura”.

Como conclusión podemos decir que: un mundo sin animales sería un mundo sin hombres. Los necesitamos para mantener el delicado equilibrio de este ecosistema que llamamos naturaleza y para ser lo que somos: HUMANOS. Por esto y por mor del amor: CUIDA DE ÉL, CUIDA DE TI.